colores de tantas cosas como allí había amontonadas.

Aquel taller era muy grande y muy bien acondicionado.

Conocemos otros que deben parecerse en mucho á los vestíbulos del infierno.

Era un ejemplo entre mil.

Hemos visto muchas desgraciadas jóvenes, sucias, harapientas, encerradas en cuevas, con una temperatura de más de treinta y cinco grados, hilando la lana, con la cual las señoras se divierten en hacer tapicerías, como la difunta reina Matilde Plantagenet.

Y las había muy bonitas.

El corazón se conmovía de horror y de despecho.

Se dice que está abolida la esclavitud.

Embuste. Falsa mentira.

¡Qué bien hacia Hamlet en burlarse, simulando la locura!

¡Palabras, palabras y más palabras!

En la calle de la Paix no se ganaba mucho, pero por lo menos ignoraban esos suplicios. Pero si bien es cierto que la calle de la Paix es bonita, no lo es menos, que es muy corta.

Y sus privilegiadas son en corto número.

Carolina volvió á pasar por lo que podemos llamar sus enormes salones.

La venta era nula.

Habia muy pocos compradores. La clientela rica no vive en París en el mes de agosto, y si lo hace, es de paso.

Poquísimas mujeres miraban aquellos lujosos sombreros que había colocados sobre soportes.

Los demás, estaban encerrados en vitrinas para preservarlos del polvo y de los microbios del aire de París.

Cuando Susana entró en el despachito de la dueña, donde recibía á sus clientes, donde hablaba familiarmente con ellas, escuchando sus opiniones y acogiéndolas sonriente, sin llevar jamás la contraria á nadie, Carolina la acogió con ademán cariñoso, y la dijo señalándola un asiento:

—Sentaos ahí; no tengo nada que hacer hoy por la mañana... No vendrá casi nadie... Esta estación es muy mala.

Y con mucho cariño, añadió:

—Vamos, ¿qué es de vos? Contadme vuestra vida... Ya sabéis que estoy contenta de vos... Las oficialas dicen que sois muy mañosa y que tenéis muy buen gusto... Y para que ellas lo digan, preciso es que sea diez veces verdad... Desgraciadamente, apenas si puedo ocuparme de vos... Tengo que atender á cien conversaciones á la vez y dar contestación á todo el mundo... Lo cual no impide, sin embargo, el que os vigile con el rabillo del ojo, sin que vos lo noteis... ¿Os vais acostumbrando?

—Sí, señora.

—¿No echáis mucho de menos vuestra Bretaña?

—No, señora.

—Habéis hecho grandísimos progresos... Se diria que hace dos años que estáis en la casa...

—¡Oh, señora!

—Sé muy bien lo que digo. ¿Habéis enviado dinero á vuestra madre?

—Sí, señora, ayer tarde. Cincuenta francos al señor Kergoz.

—¿Quién es ese señor?

—El tabernero de Landeron.

—¡Ah, sí, ya recuerdo!... Es vuestro cajero—dijo sonriéndose Catalina.

—Por lo menos, es el que se cuida de velar por mi madre...

—¿Os ha pedido dinero?

—No, señora; por el contrario, me ha escrito diciéndome que tenía aún para cinco ó seis semanas...

—¿De modo que os habéis adelantado y habéis aumentado los fondos?

—Sí, señora.

—¿Habéis hecho muy bien; pero debe quedaros muy poco.

—Sí; sí me queda.

—¿Cuánto?

—Unos cien francos próximamente.

—¡Caramba! Económica sois... Está muy bien... ¿Habéis pagado el trimestre?

—¿De mi cuarto?

—Sí, hija mia.

—En efecto, señora, lo he hecho.

—¿Setenta y cinco francos?

—Justos.

—Habia dicho que eso era cosa mia... La portera os ha llevado el recibo por equivocación.

—Puesto que yo tenía...

—Es que no podriais seguir haciéndolo, si no fuera porque ya os encontráis en disposición de ganar algo... Desde hoy se os entregarán cuarenta francos mensuales.

—¡Oh, señora!

—Vamos, no repitáis tanto ¡sí, señora!, ¡no, señora!, ¡oh, señora!... Escuchadme. Por más que vuestro corazon manda en vos, lo cual prueba que lo tenéis y muy bueno... Decía, pues, que ganareis cuarenta francos al mes... Con esto podreis salir adelante. Poco es, pero por algo hay que empezar. Os encargo que no digais nada á nadie. En cuanto á los setenta y cinco francos que habeis pagado, tomadlos.

Catalina colocó la cantidad encima de un mueble, y añadió:

Cogedlo, son vuestros; José se encargará en adelante de pagar los alquileres, ¿lo oís?

Susana no se atrevía á contestar; pero sus grandes ojos, fijos en el rostro de la célebre modista, hablaban por su lengua.

—Me han dicho que estais aprendiendo á montar en bicicleta.

La joven se puso muy encarnada.

La dueña soltó una carcajada.

—No os he dicho que esa afición sea un crimen. No, ni mucho menos. No os turbeis tan pronto. Me han dicho que montais ya muy bien. Os comprareis un vestidito y los efectos que necesiteis con estos setenta y cinco francos. Cuidaos, lo quiero. Para vestiros, con casi nada ireis elegante. Lo que hace falta es gusto... ¿Váis haciendo progresos en el trabajo?... Ccasais muy bien los colores.

—Un poco, señora, gracias á la señorita Alejandra.

—Ella tiene la obligación de iros enseñando. Es muy hábil. Su carácter debiera ser un poco mejor, pero no lo puede remediar. Ha te-

nido muchas contrariedades en su vida. ¿Ella ha sido quien os ha enseñado á pedalear?

—¡Si apenas sé! Por la noche me han dado unas cuantas lecciones.

—Y el domingo también, sí, lo sé. Tened mucho cuidado con las amistades. En una palabra, defendeos.

En el rostro de la joven se dibujó una expresión que debió tranquilizar por completo á la excelente mujer, si es que tenia algún temor.

Fué muy rápida.

Pero una sencilla mirada de aquellos ojos azules, una especie de evocación muda á un ser invisible y presente, decían que la joven no temía nada, y que quizás en su corazón no había ya puesto para nadie.

La modista se lo había ya figurado.

Con intención maliciosa preguntó:

—¡Adivinad de quién he recibido una carta esta mañana!

—No lo sé.

—Una carta en la cual me hablan de vos.

—No conozco en este mundo más que un ser que pueda interesarse por mí.

—¿Y ese ser, es el señor de Kerdaniel?

—Sí, señora.

La pobre joven se había puesto roja como una amapola.

La dueña sabía á qué atenerse.

—¿Va á volver?

—Muy pronto.

—Me anuncia que va á embarcarse antes de terminar el mes... Quizás esté ya en camino.

—¿De modo que ya puede soportar el viaje?

—Ya le han dado el permiso... Me anuncia además otra cosa...

—¿Y es?

—Que le han dado la cruz de la Legión de Honor... En realidad, la cruz no puede estar mejor ganada.

Susana murmuró muy emocionada:

—¡Qué alegría para su pobre madre, si viviese aun!

—Ea, no nos enternezcamos inútilmente... Vuestro corazoncito no os coge en el pecho...

—¡Qué sensitiva!

Susana se mordió los labios para contener las lágrimas de alegría y de pesar.

Y la voz misteriosa seguía diciéndola al oido:

—¡Vive, vive!

Y además:

—¡Vuelve! ¡Le verás!

—¿Era amor lo que la joven sentía por Kerdaniel?

—No.

Era una gran ternura, un cariño que hubiese llegado hasta el sacrificio.

En verdad, los Kerdaniel habian sido su única familia, sus amigos, sus protectores.

Hacia ellos se dirigian siempre sus pensamientos.

Puede asegurarse que no habia nada de material en los sentimientos que le inspiraba aquel joven que hasta entonces habia sido para ella un guia, un hermano y un amigo, el tutor de su debilidad y el defensor de su abandono.

No, no era amor, era un agradecimiento y

una amistad sin límites.

Llamaron á la puerta del despacho.

—¡Entrad!—dijo la dueña.

Era la señorita Alejandra.

—¿Debo ir á casa de la marquesa de Bordes?—preguntó la encargada.—Ya sabéis que acaba de llegar hoy por la mañana á Paris.

—Se ha prometido...

—Sí, señora, llevarla unos sombreros de campo...

Carolina reflexionó.

—No dijo;—la baronesa de Moses va á venir hoy por la mañana. Me lo ha escrito. También está aquí de paso... No quiere entenderse con nadie más que con vos.

—¿A quién envío?

La dueña miró á su protegida.

—¿Después de todo, por qué no?—se dijo á sí misma.

Y en alta voz añadió:

—Susana puede llevar los modelos.

—Es que... ya sabéis que no tiene costumbre—objetó la encargada.

—Ya se irá haciendo... Eso es; poneos el sombrero, hija mia. Os distraeréis... Supongo que sabréis arreglaros... Enseñar unos sombreros á una señora es cosa sencillísima... Guirec llevará las cajas... Es cosa decidida... Idos...

Y al oir que la encargada seguia diciendo entre dientes: «No tiene costumbre... No sabrá explicarse...», la dueña contestó:

—¿La creeis tonta y obtusa? ¡Pues estáis en un error! Os aseguro que esa muchacha me tiene encantada. Ha hecho en unas cuantas semanas lo que otras no hacen en años... Sabe

casi todo lo que se debe saber. Además, con la señora de Bordes no hay dificultades. Si Susana comete algún error, la marquesa no se ofenderá... Es tan buena y tan indulgente...

Y al ver que la oficiala parecía ofendida por aquel favor, Carolina dijo para ablandarla.

—Podéis estar orgullosa de vuestra discípula; vuestras lecciones no han podido ser mejores... A vos debe el estar tan adelantada. Estoy segura que os está muy agradecida.

En seguida cambió de conversación.

—Creo que pedaleáis juntas.

—Sí, está empezando. Es preciso distraer un poco á la pobre.

—¡Está bien!... Pero os encargo que la vigiléis y la cuidéis... Sería una lástima que la sucediera algo... Es una joven tan bonita, tan... tan... Vos me respondéis de ella.

—Sí, señora, si... mientras que...

—No quiero restricciones... Os aseguro que me intereso muchísimo por ella.

La dueña estaba de buen humor. Hay días.

El sol brillaba en el espacio; París estaba aun de gala, pero el otoño se acercaba á pasos agigantados.

Susana apareció en el dintel de la puerta.

Estaba preparada para salir, con el sombrerito sobre sus rubios cabellos, con las manos enguantadas, estaba casi coqueta.

Las jóvenes como ellas no necesitan casi nada para adornarse.

—¿No tenéis ninguna recomendación que hacerme?

—Sí, que seais muy cortés; pero la advertencia es inútil ¿verdad?

Susana se contentó con sonreir.

E inclinándose se dirigió á la puerta de salida.

Guirec la esperaba ya en la calle, encantado por aquel paseo que era para él una verdadera suerte.

Iban muy juntos.

Cuando llegaron al jardín de las Tullerías empezaron á hablar.

No habia casi nadie.

—Os habéis couquistdo la confianza de la señora—dijo Guirec;—me figuro que vais á subir mucho y pronto.

—Trabajo mucho... y hago todo cuanto puedo para lograrlo, para llegar...

—¿A qué?

—A ganar dinero... para mi madre y para mí.

Estuvo á punto de contar su dicha á su amigo; no cabía en sí de gozo.

Tan solo en pensar que iba á ganar cuarenta francos mensuales, una cantidad tan considerable, la trastornaba.

Los paseantes miraban sonrientes aquella carita tan encantadora, en la cual se reflejaba la alegría de vivir.

En verdad que no podía pedir más.

La protección de su maestra, que tan visiblemente se estendía sobre ella; la alegría de saber que su amigo Pedro de Kerdaniel iba á llegar; las simpatías con que la rodeaban en el almacén; todas las complacencias que se demuestran á las jóvenes graciosas, exuberantes de vida y de salud, y que hallaba en todas partes, en casa de Carolina Ramel, en la portería de su casa y entre los amigos de Alejandra, los ciclistas; en aquella existencia de París, que habia suprimido para ella las miserias y las humillaciones con que mortifica á tantas otras, la comunicaban una especie de fiebre y de agitación que la hacían olvidar todo cuanto su juventud había tenido de amargo.

Era ligera como un pájaro y fresca como una rosa.

Además, aquel día estaba un tanto orgullosa.

La dueña la enviaba á casa de una parroquiana de gran viso. La había felicitado por sus progresos.

En tres meses habia adelantado muchísimo. Se hallaba en la situación del soldado que acaba de alcanzar sus primeros galones.

Su compañero Guirec, con dos cajas en cada mano, elegantemente vestido con su uniforme azul, que por lo bueno indicaba una excelente casa, se extrañaba de aquella metamorfosis.

—¡Qué contenta estáis hoy, señorita Susana!

La joven contestó alegremente:

—Sí que lo estoy. ¿Y vos, Guirec?

—Debería estarlo también, pero debo deciros...

—¿Qué?

—Que de cuando en cuando me doy en pensar en los compañeros y en la pesca... Y además...

—¿Además qué, Guirec?

—Que apenas os veo.

—Me veis cuando queréis... No tenéis por qué quejaros.

—¡Oh! eso no.

—¿Os tratan bien en la casa?

—¡Oh! eso sí. Las muchachas, en un principio, se burlaban de mí; pero...

—Eso ya pasó.

—En efecto.

Susana se sonrió y dijo:

—Decidme, Guirec...

—¿Qué señorita, Susana?

—Si nos encontrase el señor Kergoz...

—¡Eso es una suposición, porque no está en París!

—Sí, es una suposición, Guirec. ¿Verdad que nos conocería?

El pescador dijo:

—Yo no sé lo que él haría; pero en cambio os aseguro que yo os hubiera reconocido entre todas las mujeres.

Pasaron el puente Solferino y llegaron al faubourg Saint-Germain.

—¿Es posible que haya tanta gente tan rica para que puedan hacerse casas tan bonitas? ¡Qué bueno debe ser el tener mucho dinero!

Susana hizo una mueca de desprecio.

¡El dinero! Poco la importaba.

Ella ganaría cuarenta francos al mes.

Ya es una bonita cantidad.

Y además cuando se tiene diez y ocho años, buena salud y porvenir por delante, ¿se piensa acaso en el dinero?

La joven explicó su teoría á su compañero.

—Vamos á ver, Guirec, ¿necesitais acaso dinero?

—No.

La alegría de la joven se comunicó á su compañero.

Los dos reian.

—¡No pensabamos tener lo que tenemos! ¿Os acordáis de la mañana en que nos encontramos en lo alto de la cuesta de Landeron?—decía Susana.

Muy contenta y orgullosa entró en el hotel de Bordes.

La puerta estaba completamente abierta.

La fachada imponente del hotel se destacaba en el fondo del jardín.

Las persianas, pintadas de blanco, estaban cerradas.

—¡Calla!—pensó Susana—¡cualquiera diria que no hay nadie.

El portero salió á su encuentro.

—¿Qué quereis?—preguntó.

—Ver á la señora marquesa.

—¿A cuál?

—A la más joven.

—No está.

—¡Ah!—dijo Susana desorientada

—La señora marquesa está en la Turena.

—Sin embargo, había escrito...

—¿A quién?

—A la señora Ramel.

—No sé quien es.

El tono del portero era cortés, pero nada más.

Hubiera podido inscribirse sobre el pabellón que le servía de albergue la advertencia de los romanos: «¡Cave, canem!» «¡Cuidado con el moloso!...»

En efecto, estas eran sus funciones.

Los dos empleados de Carolina Ramel se miraban sin saber qué partido tomar, cuando una voz alegre dijo á su lado:

—¡Ah! es la muchacha del otro día... ¿Qué tal va señorita?

—Sí, la misma, muy bien, señor.

—Se ha subido un grado segun parece.

—Un grado si señor...—dijo Susana tímidamente.

—Ya es subir en tan poco tiempo.

Era Rubol que volvia de dar un paseo y de dar los buenos dias á todos los vecinos de las cercanías.

—¿Y qué queriais?—preguntó.

—Ver á la señora marquesa...

—¿A la casada?

—Sí.

—Pues bien hija, nada se ha perdido; pero tenéis que volver.

—Está bien, se volverá.

Se disponía á retirarse.

Lo cual no agradaba mucho que digamos al alegre ayuda de cámara

Cuando se presenta una cara tan bonita como aquella, se desea tenerla un poco tiempo delante.

—Esperad un ratito—dijo—el señor marqués va á volver y os dirá lo que tenéis que hacer... No debe tardar. Estamos en París tan solo por un par de días... y en seguida nos largamos... Pero la señora marquesa vendrá aquí esta semana.

—¡Ah!

Precisamente en aquel momento entró un jinete.

Era el marqués de Bordes.

Hubiérase dicho que en unos meses habia envejecido diez años.

Su rostro estaba surcado de arrugas, su color amarillento. Se detuvo delante del grupo formado por Rubol, Susana y el bretón cargado con las cajas.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

El primo de Juan Redon contestó.

—Vienen de casa de Carolina á ver á la señora marquesa.

—¡Ah!—dijo el jinete.

La dulce voz de Susana añadió:

—La señora marquesa habia escrito al almacén.

El señor de Bordes contestó distraidamente.

—Sí, sí. Debia venir, y después cambió de opinión... Una indisposición... No estará aquí hasta dentro de unos días... ¿Volveréis otro día, señorita, verdad?

Una triste sonrisa iluminó su rostro.

El hermoso rostro de Susana producía en él el mismo efecto que habia producido en todos aquellos que la vieron aquella mañana.

Pero bruscamente se volvió al otro lado, repitiendo con dulzura:

—Bueno, con que ya lo sabeis; volvereis, hija mia, la señora os avisará.

Un mozo habia salido al encuentro de su amo.

El marqués le entregó las bridas, y apeándose del caballo, se dirigió á la casa; pero antes de entrar, se volvió para ver otra vez á la joven, á la cual saludó.

Pensaba:

—¡Tendría su edad!... ¿Y quién sabe? Quizás lleve también sombreros á casa de los ricos... ¡Pobre Raimunda!...

Con furia golpeó con el pie el mármol del vestíbulo, murmurando:

—Y nada, nada. ¡Es una fatalidad!

Y lo era, en efecto.

Si la marquesa hubiese estado allí, con una sola palabra, con una sola pregunta que ella la hubiese dirigido por casualidad, quizás hubiese brotado la luz.

Grandes desgracias debian acarrear su ausencia. Susana y Guirec salieron del jardin, acompañados por Rubol, que decia á la joven:

—Supongo que volvereis y se os verá con gusto. Buena suerte, encantadora niña.

Volvió al pabellón del conserje, que seguía de pie al lado de su puerta, y le dijo:

—¡Eh! ¡Picar! ¿Qué te parece la nena? ¡Vaya una carita! ¡Qué finura! ¡Qué excelente marquesa pudiera hacerse!

Aquel mismo día he aquí lo que sucedía en Panel-Ranch.

XIX

Lo que quiere la mujer.

Era de noche.

Los empleados del baron Panel y de su sosocio terminaban de cenar en una habitación del piso bajo.

El barón, Juan Redon y Fremon, el antiguo colono, pre ididos por Juana, habían terminado la suya en la habitacion que para ellos tenian reservada.

De notar es que no hemos dicho los criados ni los servidores.

Si por casualidad diéseis orden á un cow-boy de que ensillase vuestro caballo y de que quitase el estiercol de las cuadras, es posible que os diese la contestación con el revólver.

Se ha visto más de una vez.

Fuera de sus atribuciones, esos guardas de ganados se consideran libres y creen ser por lo menos tan *gentlemen* como aquellos que los pagan.

Son condottieri que se enganchan como los de la Edad Media bajo la bandera de un príncipe.

Los negros que hacían los oficios de mozos, tenían sus habitaciones en el lado opuesto de la casa.

Habían trascurrido tres semanas desde el día en que Juana y el baron habían dado el paseo á través de la pradera, en cuyo paseo Juana había hecho las confidencias que ya conocemos á su amigo.

Su secreto había sido cuidadosamente guardado.

El barón se había ausentado varias veces con distintos pretestos.

Le habian visto tres ó cuatro veces en New-City, que iba cada dia en mayor decadencia.

Decididamente aquella modernísima ciudad estaba llamada á desaparecer.

Apenas quedaban una media docena de casas.

Las demás, siendo como eran tan ligeras, se habian trasladado con sus dueños á otros sitios más prósperos.

El hotel Internacional, donde el coronel Scott era el único que demostraba tener acti-